

33 Poemas Torcidos

I Fingidor con melancolía

Yo finjo que no amo,
pero es amor lo que se me escurre
como agua tibia entre los dedos.

Finjo que río,
pero es una risa quebrada,
donde el corazón se encoge
y calla lo que no debe decir.

Y, sin embargo,
en la torcedura de mi máscara
hay compasión por los que aman sin ser amados,
por los que esperan sin respuesta,
por los que se saben ridículos
y aún así se levantan al alba.

Si miento en mis versos,
es porque no sé decir la verdad

sino cuando la disfrazo de mentira.

Y esa mentira torcida, quebrada, mansa

es mi modo más puro de amar.

II Nunca fui amado, pero aún amo

Nunca he sido amado.

Las mujeres pasaron como trenes en la noche,

con las luces encendidas,

y yo quedé en el andén,

mirando el humo,

oliendo el carbón apagado de sus despedidas.

Nunca me eligieron,

nunca fui el gesto al que se aferra un corazón temblando,

ni el secreto guardado en la almohada.

He sido siempre el eco,

la sombra al costado del baile,

el que tropieza con su propia torpeza

y sonríe demasiado tarde.

Y, sin embargo, amo.

Amo como quien riega un jardín que no florece,

como quien enciende una luz en pleno mediodía,
como quien sufre el frío
en un verano sin sombra.

Amo sin remedio,
como si en la derrota estuviera la victoria,
como si en mi vacío
hubiera lugar para todos los exiliados del amor.

Nunca fui amado,
pero mi corazón, este tren sin destino
sigue andando,
no hacia quien me espere,
sino hacia quien, quizás,
necesite ser amado por alguien que nunca fue amado.

III He amado en silencio

He amado en silencio
Ni las flores de los balcones me miraron,
ni los ojos que busqué en la calle
se detuvieron en los míos.

Nunca fui elegido,
ni en los juegos de la infancia
ni en las ceremonias del amor.
Siempre quedé al costado,
con un gesto torpe,
con una sonrisa deshecha en la esquina.

Pero amo todavía.
Amo al mendigo que pide,
como si pidiera ternura.
Amo al niño que tropieza
y al anciano que guarda silencio en los bancos.
Amo al árbol que nadie riega,
al perro que espera junto a la puerta,
al sol que muere cada tarde
para darnos la ilusión de otro día.

Nunca fui amado.
Lo confieso con tristeza,
pero en esa tristeza hay una bondad secreta:
la de ofrecer mi corazón vacío
como un refugio para todos los que sufren.

Y aunque nadie lo habite,
aunque siga siendo un tren sin destino,
prefiero que siga andando,
porque en su torcedura,
en su humo sin pasajeros,
hay compasión para el mundo entero.

IV No quiero

No quiero amor, con tal que haya amor.
Lo busco solo cuando no lo puedo tener.
¿Qué haría yo con los brazos
que a cualquiera podrían rodear?

No quiero consuelo sino cuando la pena
lo disuelve en lágrimas que no llegan.
Lo que mi alma ignora,
eso es lo que persigo como un mendigo en la plaza.

He sido ridículo, grotesco, absurdo.
He bajado la cabeza cuando debía alzarla,
he callado cuando debí gritar,
he hablado cuando debí callar.

Nunca me quisieron,
y aun así mi corazón insiste,
como los girasoles que miran al sol
aunque nadie los mire a ellos.

Y en este fracaso que soy,
hay una calidez sin dueño,
la amabilidad de comprender
a los que esperan en vano,
a los que pierden en silencio,
a los que siguen amando
cuando ya no queda nada que amar.

V Confesión torcida

Nunca he sido valiente.
He retrocedido ante gestos pequeños,
me he encogido frente a palabras mínimas,
he callado cuando una voz esperaba la mía.

Todos los que conozco
se proclaman enteros, fuertes, invictos.

Yo he sido mezquino,
cobarde en los pasillos,
ridículo en los salones,
grotesco hasta en mis silencios.

He pedido prestado sin devolver,
he sonreído sin ganas,
he evitado la bofetada
agachando la cabeza como un cobarde frente al aire.

E igualmente, amo.

Amo con esta pobreza de gestos,
con esta vergüenza que me arropa,
con este corazón torcido
que no sabe sostenerse en pie.

Amo a los otros cobardes,
a los que preguntan en secreto,
a los que jamás fueron héroes
y aun así se levantan cada mañana.

Si soy vil,
que mi vileza sea al menos
una vela encendida en la noche,

para que los que tropiezan
sepan que no tropiezan solos.

VI Metafísica de un río

¿Lo que pienso de la vida?
Lo mismo que piensa el río
cuando pasa sin saber que pasa.

He buscado sentido
y he encontrado agua,
he buscado certezas
y he encontrado corriente.

Nunca me abrazaron,
nunca me detuvieron en la orilla.
Yo mismo fui orilla
donde nadie quiso descansar.

Pero amo todavía.
Amo al río que me ignora,
a las cosas que me hieren,
a la rama seca que flota como un naufrago.

Y a lo que nunca comprendo.

Si pienso en Dios,
lo imagino en la transparencia del agua,
que nunca pregunta por qué corre
ni a dónde.

Y aunque mi corazón sea un cauce vacío,
lo abro como se abre un cauce al deshielo,
para que otros, más cansados que yo,
puedan beber en su derrota.

VII Eterno perdedor

He perdido siempre.
He perdido en los juegos,
en las oportunidades que deje ir,
en las palabras que nunca pude recibir.

He perdido en la espera,
en la ilusión y en la memoria,
he perdido hasta en mis sueños,
que al despertar me dejaban vacío.

Soy un eterno perdedor.

Y aún así, no maldigo la derrota.

La miro como se mira a algo indefenso,
como se acaricia a un animal lastimado,
como se acompaña a un anciano en silencio.

La derrota me enseña compasión,
me muestra que todos erran,
que nadie llega intacto,
que hasta los vencedores esconden
sus derrotas detrás de las medallas.

Si soy perdedor,
entonces pertenezco al mundo entero,
porque el mundo está hecho de caídos
que aún se levantan.

Y yo, en mi torpeza,
en mi fracaso incesante,
amo más hondamente,
porque sé lo que es perder,
y por eso sé abrazar
a los que también pierden.

VIII Soledad absoluta

He conocido la soledad,
no la que se siente en un cuarto vacío,
sino la que se siente en un corazón lleno de incertidumbre.

Con la derrota en la mano,
uno podría volverse indiferencia
y odiar al mundo entero.

Podría escupir sobre los rostros felices,
negar el sol y la primavera,
cerrar las puertas al amor.

También podría volverse contra sí mismo,
morder su propia forma,
despreciar cada gesto,
condenarse al ridículo de no existir.

Pero yo elegí otra cosa.
Elegí amar aún más.

Amar en soledad, es amar sin testigos,

amar sin premio,
amar sin respuesta.
Es ofrecer una flor al viento
sabiendo que el viento no guarda flores.

Y, sin saberlo,
en esa inutilidad hay pureza,
en esa derrota hay victoria,
en esa soledad hay compañía.

Porque al amar en soledad
no amo solo por mí,
amo por todos los que no pudieron amar,
por todos los que se odiaron a sí mismos,
por todos los que eligieron la frialdad y no la calidez.

Si estoy condenado a estar solo,
que mi soledad sea un refugio.
Y si pierdo siempre,
que mi derrota sea un descanso para otro aventurero perdido.

IX La última derrota

Un día también perderé la vida.

No habrá réplica ni consuelo,
solo el momento que se queda
cuando una estrella se apaga.

Será la última derrota,
la más justa,
la que nadie discute,
la que todos llevan escrita
en los secretos cerrados del tiempo.

Podría odiarla,
maldecirla como a un enemigo viejo,
llamarla ladrona de mis horas,
injusticia que me arranca del sol.

Podría odiarme a mí mismo
por no haber sido más fuerte,
por no haber vencido al destino
que siempre vence.

Pero prefiero amarla.

Amar la muerte como se ama a una madre severa,
que nos lleva de regreso

a un lugar sin frontera.

Amar la muerte porque me hermana
con todos los que se fueron,
con todos los que se irán,
con todos los que temen a la orilla.

La última derrota no me quita el amor.
Me lo multiplica.
Porque si yo muero,
muero sabiendo que abrazo al mundo entero,
que mi derrota es la misma derrota de todos,
y que en ella también cabe la compasión.

X El jardín que ya no vuelve

Todos tuvimos un jardín,
propio o ajeno,
con un árbol torcido,
con una pelota perdida,
con una risa que aún resuena.

Ese jardín se fue.

Las flores crecieron para otros,
los muros se derrumbaron,
los juegos se volvieron memoria.

Podría odiar ese recuerdo,
como quien maldice la puerta cerrada
que nunca más se abre.

Podría odiarme a mí mismo
por no haber sabido guardar en las manos
un poco de esa luz,
por haber dejado escapar
el único paraíso verdadero.

Pero lo amo.
Amo ese jardín como se ama
a un amigo muerto,
como se acaricia un retrato,
como se agradece una herida que duele
pero enseña.

Porque en cada niño que juega en la calle,
en cada risa que no me pertenece,
veo la repetición de aquel jardín,

y mi tristeza se vuelve compasión.

El jardín que ya no vuelve

vive en los demás.

Y al amar lo perdido,

amo lo que aún vive en el mundo.

XI La esperanza frágil

Queda una silueta,

pequeña como una moneda de antaño,

escondida en el armario de un nostálgico.

No promete victoria,

no llama a las multitudes,

no tiene fanfarrias ni himnos.

Solo resiste.

La esperanza frágil no exige fe,

pide solo una mano que no la aplaste,

un gesto leve, una pausa,

una taza de té en una mesa rota.

Puede apagarse con una palabra,
con la lluvia que entra por la ventana,
con la mirada que pasa sin ver.
Y aún así, sigue ahí.

La cuido como a un sentimiento herido,
con paciencia y sin prisa,
con los dedos sudados de quien sabe perder.

Porque la esperanza grande suele ser orgullo,
un estandarte que se alza para esconder otras heridas.
La pequeña es humildad, sabe de la derrota,
conoce el dolor del camino, y aún así canta.

Si me miras con desprecio podrías creerla vana,
si me miras con verdad verás que alimenta el día,
que sostiene a los que no tienen otra cosa,
que es el último gesto antes de cerrar los ojos.

No es promesa de una mañana limpia,
es una esperanza, en el cuarto de los condenados.
No salva países ni historias,
salva a un hombre que se sienta a la mesa,
a un niño que no sabe que tiene hambre,

a un gato que espera en la puerta.

La esperanza frágil me enseña compasión, me obliga a entender que
cualquier vida, por rota que esté,
puede ser calidad aún por una luz pequeña.

Así la guardo, torcida y pobre,
como todo lo que llevo,
y la doy, cuando puedo, a quien pasa,
porque a veces amar es entregar la última moneda
y esperar que el otro la cuide mejor.

XII La pequeña misericordia

Hay en mí una costumbre humilde,
guardar mugre de impulsos en los bolsillos,
como quien guarda ilusiones rotas
para dárselas a los que pasan.

No son grandes las misericordias que reparto,
son cucharadas pequeñas, una flor en la mesa,
una palabra que no exige respuesta,
un silencio que acompaña en la madrugada.

La derrota me enseñó a ser cuidadoso,
a no repartir juramentos sino consuelos,
a no levantar estandartes sino tazas de infusiones,
a entender que el mundo está lleno de manos heladas.

Si pudiera odiar y me ofrecen la venganza,
la amargura sería rápida, brillante,
pero yo prefiero la lenta caridad de la pena,
la que consuela sin hacer ruido, la que no pide gloria.

A todos los que fallan les doy mi experiencia,
a los que olvidaron sus nombres les devuelvo un gesto,
a los que muerden su propio paso les doy mi tránsito.

No es heroísmo, es costumbre,
amar en la derrota hasta que sobre amor suficiente
para que alguien más no vuelva a sentir frío, en las noches de
verano.

XIII Desde el balcón

Miro desde el balcón

cómo pasa la ciudad,
cómo se deshace en humo
la consistencia del mundo.

Dibujo en un papel torcido
los gestos de la gente,
los objetos cansados,
las ventanas que no miran.

Todo podría ser más sencillo,
más claro, más pacífico,
un terreno que corre sin dueño,
un sol que no pregunta por qué existe.

Pero el hombre complica lo simple,
teje su propia cárcel,
levanta contra sí mismo
el tribunal del día.

Juez de sus pasos,
fiscal de su inconsciente,
verdugo de su voz,
y a la vez su propia absolución.

Lo sé porque yo también lo hago,
me juzgo y me condeno,
me castigo y me salvo,
todo en el mismo silencio.

Y aun así, mientras pinto la inconsistencia,
mi corazón insiste en amar.
Ama al transeúnte que no veo,
ama al equilibrio que resiste,
ama al mundo en su incongruencia.

Porque todo es uno,
y al uno volveremos.
Y si ese regreso es derrota,
que sea derrota compasiva,
derrota que compadece,
derrota que entiende.

XIV La noche me sostiene

La noche me envuelve.
No con estrellas,

sino con un indómito esbozado
que me recuerda quién soy.

En la noche no hay máscaras,
solo queda el cuerpo cansado,
el ser que piensa,
la memoria que no sabe cuando callar.

Podría odiar la noche
por mostrarme tan desnudo,
por exponer mis fracasos
como manchas en el papel.

Podría odiarme a mí mismo
por ser el mismo error de siempre,
por caminar entre negruras
como un ciego que trastabilla en círculos.

Pero prefiero amar la noche.
Amarla como se ama a una madre triste
que no promete consuelo
y aun así nos protege.

La noche me enseña compasión,

me muestra que todos se esconden en ella,
que en cada ventana apagada
Se resguarda otro corazón derrotado.

Y en esa complicidad oscura
encuentro compañía.

Porque si la derrota es universal,
también lo es el amor
que brilla, secreto,
en el silencio de la noche que nos desnuda.

XV La mañana me revela

Llega la mañana,
no como promesa,
sino como lucidez clara
donde descansa el derrotero de la vida.

La luz entra sin pedir permiso,
abre los rincones,
saca a relucir lo que la noche escondía,
el paso del tiempo y el descuido en los muebles,

las arrugas del alma,
los sueños rotos en la mesa.

Podría odiar la mañana
por su crudeza,
por no dejarme ocultar
mi cansancio y mis vacíos.

Podría odiarme a mí mismo
por no saber recibir la claridad,
por tener un corazón siempre opaco
frente al sol.

Pero prefiero amar la mañana.
Amarla porque me despierta,
aunque duela,
porque en su inocencia me recuerda
que sigo vivo.

La mañana no me regala victorias,
pero me ofrece un cuaderno en blanco,
una taza caliente,
el canto de un pájaro
que ignora mis inclemencias.

Y yo, en mi fragilidad,
aprendo a amar lo que ilumina,
aunque lo iluminado sea ruina.

Porque si la noche me sostuvo,
la mañana me revela,
y entre sostén y revelación
sigo caminando derrotado,
pero compasivo,
amando el mundo que me hiere
y que, aun así, me da un nuevo día.

XVI Entre dos libros

A veces me siento frente a mis páginas
como quien observa dos ideas confrontadas.

En uno, un niño infinito juega con palabras
que aún no han sido tocadas por el mundo,
palabras que se deslizan puras, sin dueño,
como si vinieran del costado secreto del alma.

En el otro, un olivo canta bajo los escombros,
y el canto no es alegría,
sino la terquedad de la vida
que insiste incluso en la derrota.

Entre esos dos libros está mi nombre,
pero mi nombre no es dueño de nada.
Soy apenas un lector que los sostiene,
un testigo de la voz que se me escapa.

A veces creo que escribí esos libros.
Otras veces creo que ellos me escribieron a mí.
Y en ambas sospechas me reconozco,
niño y escombros, semilla y ceniza,
canto y silencio.

Pessoa diría que soy un fingidor,
pero yo me confieso un sembrador torpe,
que planta en su herida lo poco que tiene
y espera sin certeza, sin premio
que algún día la palabra florezca en alguien más.

Y si no florece, también está bien.

Porque en cada derrota he aprendido
a seguir camino.

XVII Fingidor y sembrador

Dicen que el poeta finge.
Y yo finjo, sí,
pero no para engañar,
fingo para soportar,
para dar forma a lo informe,
para hacer del dolor un canto leve.

Cuando escribo, miento la verdad
y digo la mentira más cierta,
que estoy roto,
que no supe ser amado,
que mi profesión se atasca en cada verso.

Y, sin pensarlo, en medio del fingir,
siembro.

Lanzo semillas invisibles
como quien reparte pensamientos en la soledad,

como quien enciende un fósforo
sabiendo que se apagará en segundos.

No soy héroe ni maestro.
Soy apenas un derrotado que escribe,
y en esa derrota encuentro compasión,
para mí, para los otros,
para el mundo que hiere y canta a la vez.

Si miento, es para abrazar.
Si siembro, es para perder las semillas.
Si escribo, es para que alguien,
algún día, sin saber por qué,
encuentre en mi derrota
un poco de amor escondido.

XVIII Los tres dolores

El primer dolor es el mío.
Ese que cambia de máscara cada día,
tristeza, odio, alegría, melancolía...
Un teatro íntimo donde yo soy público y actor,

y donde siempre termino derrotado.

El segundo dolor es el de los otros.

El perro que sufre en la calle,
la mujer que llora en silencio,
el árbol talado sin despedida,
un objeto roto que nadie mira.

Ese dolor me atraviesa
y me recuerda que no vivo solo,
que cada herida del mundo
es también una grieta en mí.

El tercero es el dolor sin nombre.

El dolor de ser,
la pregunta detrás de la pregunta,
la sospecha de que toda respuesta es una mentira vacía.
Es el dolor ontológico,
el que no se calma con abrazos
ni se resuelve con lágrimas.
Es la respiración del abismo.

Y, sin embargo, si uno acepta ser mirado por el abismo,
descubre que no muerde,
que no enloquece,

sino que observa con respeto.

El abismo me ofrece un color,
ni blanco ni negro,
ni azul ni rojo.
Un gris.

El gris no es vacío,
es equilibrio.
El gris abraza todos los dolores
y los devuelve transfigurados en compasión.

Es el gris del amor sin dueño,
de la paz que camina,
de la derrota que no destruye.

Allí me quedo,
habitante de los tres dolores,
pero sostenido por el gris,
que no promete victoria
y, aun así, me enseña a amar.

XIX El gris en lo cotidiano

El gris no es una idea,

es una forma de andar.

Caminar sin aplastar hormigas,

hablar sin gritar ni callar con rencor,

escribir sin imponer,

mirar sin condenar.

El gris es la cortesía del alma,

sabe que todos sangran,

que todos esconden derrotas,

y por eso no juzga con dureza.

Camina ligero,

como quien lleva en los bolsillos

pesados objetos y flores a la vez.

Algunos buscan el blanco de la pureza,

otros el negro de la certeza,

otros se pierden en banderas rojas o azules.

Yo elijo el gris,

no porque sea fácil,

sino porque respeta.

El gris es equilibrio,
pero no pasividad.
Es paz activa,
capaz de entender al enemigo,
capaz de mirar al verdugo
y reconocer en él otro derrotado.

En mi mesa gris escribo palabras torcidas,
y en mi corazón gris cultivo compasión.
No sé si eso me salva,
pero sé que me humaniza.

Y mientras tanto camino,
torpe y cansado,
pero fiel a este gris,
ni victoria ni derrota,
solo un amor que se sostiene
en lo pequeño y lo diario.

XX Provisorio balance

He hablado de mi derrota,

y no me avergüenzo,
ella es la única maestra
que nunca me ha mentido.

He hablado de mi soledad,
y no la niego,
es la sombra que me acompaña
y que me recuerda que estoy.

He hablado de los tres dolores,
el mío, que cambia de rostro,
el del mundo, que nunca cesa,
y el ontológico, que aguarda en silencio
desde el fondo del abismo.

He hablado de la noche,
que me sostiene sin prometer consuelo.
He hablado de la mañana,
que me revela sin regalarme victorias.

Y al final descubrí el gris.
Ese gris que no es vacío,
sino entendimiento.
Ese gris que es paz activa,

que no huye de las derrotas
y aun así se inclina con compasión
ante todas las cosas.

Podría fingir que todo esto me salva.
No lo hace.
Pero me humaniza.
Y en ese pequeño milagro
hay algo más verdadero que la gloria.

Así escribo,
no para vencer,
sino para compartir el peso,
para dejar en cada verso
una chispa de ternura.

Si alguien recoge estas palabras
que nacieron torcidas,
ojalá sienta en ellas
no mi tristeza,
sino mi amor.

XXI El cuerpo amado

El cuerpo de una mujer
es un misterio sencillo.
No necesita metáforas,
respira, suda, calla,
y en su silencio me habla más que los dioses.

He amado ese cuerpo,
aunque nunca lo haya tenido.
He amado su piel lejana,
sus manos que no me tocan,
sus labios que nunca pronuncian mi nombre.

Lo he amado en ausencia,
como se ama un paisaje que no se visita,
como se sueña con una casa
que siempre queda en otra ciudad.

El cuerpo amado me recuerda
que también el amor es derrota,
derrota de no poseer,
derrota de no bastar,
derrota de ser siempre tarde.

Y, aún así, bendigo ese cuerpo.

Bendigo su calor que no me pertenece,
su cariño que no recibo,
su risa que nunca escuché de cerca.

Porque en amarlo sin tenerlo,
descubrí lo más hondo,
que amar no es poseer,
sino abrir la herida con gratitud,
y dejar que la sangre se vuelva compasión.

El cuerpo de una mujer
me enseñó que soy frágil.
Y en esa fragilidad
aprendí, otra vez,
a amar al mundo entero.

XXII Mi cuerpo cansado

Mi cuerpo no es templo,
ni fortaleza,

ni llama invencible.

Es apenas un refugio torcido
donde la vida se acuesta a descansar.

Lo he mirado en el espejo
como quien contempla una casa vieja,
con fisuras en las paredes,
con muebles que se desarman,
con ventanas que apenas dejan entrar la luz.

Mi cuerpo se enferma,
tiembla, suda, supura.
Me recuerda, cada día,
que soy mortal en cada gesto,
que no hay alma sin carne,
ni idea sin hueso que la sostenga.

Podría odiarlo,
maldecir sus límites,
sus dolores pequeños y ridículos,
sus cansancios que me detienen.

Pero lo entiendo.
Lo abrazo porque también es mío,

porque en su torpeza llevo el peso del mundo,
y en su fragilidad aprendo paciencia.

Mi cuerpo me enseña compasión,
si puedo amar mis rodillas que fallan,
mis manos que pierden fuerza,
mi pecho que se oprime,
entonces puedo amar a cualquiera.

Soy este cuerpo cansado,
y no me avergüenzo.
Porque en él vive mi derrota,
y en esa derrota palpita,
terco y callado,
mi amor por todo lo que respira.

XXIII Los cuerpos del mundo

Todos los cuerpos son hermanos.
El del niño que corre descalzo,
el del padre que trabaja en silencio,
el del viejo que camina despacio,

el del mendigo dormido en la vereda,
el del soldado que dispara sin saber por qué.

Cada cuerpo lleva su cansancio,
su derrota escondida,
su amor callado que nadie ve.

Los cuerpos ríen, lloran, sangran,
y no hay bandera que los separe.
Una herida en la piel de un hombre
es también mi herida,
aunque no lo conozca.

Podría cerrar los ojos
y odiar al cuerpo del enemigo,
pero sé que también duda,
que también se enferma,
que también morirá.

Y en esa certeza descubro compasión,
si todos los cuerpos terminan en polvo,
entonces el polvo es nuestro único país.

Los cuerpos del mundo son mi espejo.

Los abrazo en silencio,
porque sé que ninguno está libre de derrota,
y porque en cada uno yace,
a su modo débil o secreto,
el mismo deseo de amor.

XXIV Ironía del poeta

He querido escribir el libro que salve al mundo.
Y apenas logré salvar unas cuantas páginas
de la humedad de mi cuarto.

He querido ser filósofo de las multitudes.
Y lo único que conseguí
fue discutir conmigo mismo en voz baja,
como un loco discreto en la vereda.

He querido ser amado
con la intensidad de los mitos.
Y apenas logré que una camarera
me sonriera con lástima al traer el café.

Soy ridículo, y lo sé.

Ridículo como el que resbala

mientras habla de eternidad.

Ridículo como el que predica silencio

y escribe mil palabras por día.

Pero en esa ironía hay algo dulce.

Me río de mí porque me quiero,

y porque sé que, detrás de tanta equivocación,

hay un deseo sincero de ser el mundo.

Si alguna vez me leen,

ojalá no recuerden mis derrotas,

ni mis gestos solemnes,

sino esta confesión ligera,

que aun en lo más ridículo

el amor puede ser verdadero.

XXV Ironía de lo cotidiano

Hoy me peleé con la ventana,

no quería abrirse,
y yo, que hablo de filosofía,
terminé insultando un marco de madera.

Después olvidé las llaves
y tuve que esperar en la puerta
como un extraño en mi propia casa.

Más tarde, el mate se me derramó
y la mancha en la camisa
parecía un mapa del mundo
que yo no supe interpretar.

Ridículo, sí.

Pero el mundo está hecho de estos infortunios,
no de grandes batallas,
sino de zapatos embarrados,
de paraguas rotos en medio del viento,
de monedas que se caen y nadie recoge.

Y, sin embargo, qué ternura hay en todo esto.

El universo entero podría reírse de mí,
y yo reírme con él,
sabiendo que en la torpeza cotidiana

también se esconde un poco de amor.

Si la vida es absurda,
prefiero su ironía pequeña,
los charcos que manchan,
los relojes que se atrasan,
los panes que se queman.

Porque en cada error mínimo
hay un recordatorio amable,
soy humano,
y los demás también lo son.

XXVI Ironía del poeta solemne

El poeta, dicen, es un oráculo.
Y yo apenas soy un hombre
que se olvida los versos a mitad de camino,
que pierde la rima como quien pierde las llaves,
que se distrae mirando una mosca
cuando debería mirar al infinito.

He querido parecer sabio,
me puse el traje oscuro,
abrí un libro en latín,
fruncí en silencio...
y al rato me dolía la espalda
y tuve que acostarme a dormir la siesta.

Soy solemne hasta el ridículo,
hablo de eternidad en un cuaderno
manchado con restos de comida,
predico el silencio universal
y pongo música de fondo para inspirarme.

Pero, ¿qué importa?
Si la grandeza del poeta está en su fracaso,
en esa incongruencia que lo expone,
en la risa que provoca su exceso de seriedad.

Prefiero ser este bufón de la palabra
antes que un dios de cartón.
Prefiero mi derrota cómica
antes que la mentira de una perfección fingida.

Al fin y al cabo,

entre verso y verso,
entre tropiezo y tropiezo,
lo único que permanece
es el amor con el que escribo.

XXVII Ironía del mundo moderno

El mundo corre.
No sé hacia dónde,
pero corre.
Los días parecen látigos,
los autos rugen como fieras domesticadas,
y las pantallas no se cansan de gritar.

Todos hablan de progreso.
Yo apenas veo gente cansada
apretando botones,
llenando formularios,
haciendo colas interminables
para conseguir un poco de nada.

La ciencia promete eternidad,

y yo no consigo recordar
dónde dejé mis anteojos.
La política grita salvación,
y apenas cambia de uniforme.
La religión ofrece cielo,
y yo sigo pagando la luz cada mes.

Es ridículo, sí.
Un circo bien organizado
donde todos somos payasos serios
tratando de parecer importantes.

Pero, aun en su ruido absurdo,
el mundo moderno me provoca ternura.
Porque en cada gesto mecánico
el oficinista que bosteza,
el estudiante que se queda dormido,
el trabajador que pierde el tren
posa la misma fragilidad
que nos hermana en secreto.

Que corran ellos,
yo prefiero sentarme en un banco
y mirar cómo el viento juega con las hojas.

Ese es mi progreso.

XXVIII Ironía del amor

El amor, dicen, es sublime.

Y yo lo recuerdo como una discusión
por la temperatura del agua en la ducha,
o por quién olvidó apagar la luz del pasillo.

El amor, dicen, es eterno.

Y yo lo vi marcharse en un taxi,
con la misma prisa
con que se olvida una cita de médico.

El amor, dicen, todo lo puede.

Y yo apenas lo vi pagar cuentas,
lavar platos,
acostarse cansado sin decir palabra.

Es ridículo, sí.

Un milagro que llega tarde,
una promesa que tropieza

con las mismas piedras de siempre.

Y sin embargo lo busco.

Lo busco en los rostros desconocidos,
en miradas desatentas,
en las sonrisas distraídas.

Porque aunque sea absurdo,
aunque me venza mil veces,
prefiero este amor idealizado
a cualquier eternidad vacía.

El amor es ridículo,
pero en su ridiculez
nos humaniza a todos.

XXIX Ironía de la muerte

La muerte, dicen, es grande.
Y yo apenas la imagino
como un funcionario aburrido
sellando papeles en una oficina.

La muerte, dicen, es misterio.
Y yo la sospecho parecida
a quedarse dormido en el tranvía
y pasarse de estación.

La muerte, dicen, es justicia.
Y yo pienso que es simplemente
el olvido de pagar la renta del cuerpo
y ser desalojados sin aviso.

Es ridícula, claro que si.
Nadie sabe a qué hora llega,
nadie está preparado,
y sin pensarlo todos fingen
que no se habla de estas cosas.

Y, por estás cosas, la muerte me da alegría.
Porque nos iguala en su juego,
reyes y mendigos pasarán por lo mismo,
sabios y necios se olvidan igual
de cerrar los ojos por última vez.

Quizás la muerte sea apenas

otro chiste mal contado por la vida,
y en su silencio absurdo
descubramos la única compasión verdadera.

Si es así,
cuando llegue a mi puerta,
la saludaré con la cortesía
de quien entiende que, al fin,
todos somos ridículos.

XXX Ironía de Dios

Dios, dicen, es infinito.
Y yo lo imagino cansado,
contando estrellas con los dedos,
como un niño que no sabe qué hacer
con tanto tiempo libre.

Dios, dicen, es justicia.
Y yo lo veo escondido
tras las cortinas del universo,
mirando nuestras falencias

y riéndose en silencio
como quien mira un teatro improvisado.

Dios, dicen, es amor.

Y yo pienso que a veces se distrae,
permite guerras, hambres, olvidos,
como un padre que se queda dormido
mientras su hijo juega cerca del fuego.

Un personaje solemne
que nunca aparece cuando se lo nombra,
y que sin embargo todos temen,
todos buscan,
todos discuten.

Pero también es tierno,
porque en ese silencio absurdo
nos enseña lo mismo que un espejo,
que lo divino y lo humano
son apenas dos gestos
de la misma risa secreta.

Si existe,
seguro se ríe de nosotros.

Y yo me río con él,
porque hasta en su ironía inmensa
esta el mismo deseo,
que nos amemos un poco más.

XXXI Infancia como origen

Hubo un tiempo en que todo era sencillo,
un vaso de agua era un milagro,
un gato en la vereda era un hermano,
y el cielo, un cuaderno demasiado grande
para llenarlo de preguntas.

Después vinieron los años,
los nombres, las derrotas,
los libros pesados,
las habitaciones en silencio.
Y olvidé que una piedra en el bolsillo
podía ser un tesoro.

La infancia, sin embargo, no se va,
permanece escondida como un pájaro

en el rincón más oscuro del ser,
esperando que alguien se detenga a escuchar
su canto diminuto.

He escrito, he llorado, he amado,
y al final vuelvo a ella.

Porque toda filosofía comienza
con la risa de un niño,
y toda compasión se aprende
en la mirada limpia
de quien aún no sabe del mundo.

Si hay redención,
no está en los templos ni en los libros,
sino en volver a ser aquel que fui,
un niño que miraba las nubes
y creía que eran dioses de misericordia.

XXXII Silencio como destino

He hablado demasiado.
He fingido dolores,

he escrito derrotas,
he vestido con palabras
todo lo que no pude abrazar.

Pero el silencio espera.
Es paciente como una montaña
y compasivo como un río
que no discute su curso.

No hay verdad más alta que callar,
ni amor más puro que escuchar
sin interrumpir al viento.

El silencio no es vacío,
es un lecho donde descansa
lo que somos sin nombre,
lo que queda cuando ya no hay gesto
ni palabra ni juicio.

Si alguna vez alguien recuerda mi voz,
ojalá recuerde también mis pausas.
Porque ahí en ese espacio quieto
habita lo eterno.

Al final, el destino no es hablar
ni convencer, ni siquiera escribir,
es hundirse en un silencio amplio
que todo lo recoge
y nada condena.

XXXIII El gris del equilibrio

Después del dolor propio,
después del dolor del otro,
después del dolor de ser,
queda este color sin bandera,
el gris.

No es la sombra ni la luz,
ni el fuego ni el agua,
ni el odio ni el amor ciego.
Es la mezcla paciente
de todo lo que existe,
el respiro donde opuestos
se abrazan sin vencerse.

El gris no discute.

El gris comprende.

El gris no condena.

El gris sostiene.

Es el color de las cenizas

y de la aurora todavía sin oro,

el color de las nubes

que no deciden tormenta ni calma,

el color de la tregua,

de la compasión activa,

del perdón que se ofrece

sin exigir retorno.

Si algo queda de mí,

que no sea la victoria ni la derrota,

sino esta línea torcida

donde todo se dobla y se une,y

un gris que abriga,

un gris que ama,

un gris que devuelve al Uno.